

PRESENTACIÓN

Pablo Pérez García

Departament d'Història Moderna

ANTONIO MESTRE O LA DEFENSA DE LA ILUSTRACIÓN CONTRA SUS ENTUSIASTAS

Conozco pocas trayectorias personales y académicas tan coherentes y fértiles como la que el Dr. Antonio Mestre Sanchis ha protagonizado durante sus más de 30 años como profesor y catedrático de Historia Moderna de las Universidades de Alicante y Valencia. Apenas conozco ninguna que se le pueda comparar en intensidad investigadora y serenidad intelectual a lo largo de esta etapa reciente como catedrático emérito de la *Universitat de València-Estudi General*. Todo parece indicar que el profesor Mestre ha decidido no hacer demasiado caso de la fatalidad –ya se haya manifestado ésta bajo la forma de hecho administrativo, ya con el rostro más doloroso de una enfermedad felizmente superada– para poder así continuar trabajando, enseñando y escribiendo según acendradas costumbres que ya no tienen remedio posible. No seré yo quien niegue que esta disposición –incorregible disposición– del profesor Mestre posee un perfil ilustrado, es decir, el contorno de un cierto optimismo razonable y bien informado. Sin embargo, estoy persuadido de que las fibras de su quehacer intelectual poseen una naturaleza algo distinta que me gustaría sintetizar con estas tres palabras: humanismo –como opción intelectual–, estoicismo –como opción ética– y cristianismo –como opción de vida. Porque presuponer que Antonio Mestre ha dedicado toda su actividad como investigador a estudiar la personalidad de Gregorio Mayans y Siscar me parece sencillamente superficial. Afirmar que el objetivo principal de sus estudios ha consistido en desentrañar los rasgos históricos de lo que podríamos llamar Ilustración española me parece insuficiente. Sostener que su trabajo ha consistido en identificar lo sustantivo de la modernidad cultural hispana a partir del depósito dieciochesco me parece una manera tal vez demasiado universitaria de rozar la verdad. Creo que, en definitiva, la coherencia de la obra de Mestre no deriva de ni de su objeto, ni de su método, ni siquiera de su epistemología. A mi modo de ver, procede de una vocación por comprender el pasado que le ha situado consciente y deliberadamente en las antípodas de los apriorismos y las militancias.

Me he valido del título de un célebre ensayo de Theodor Adorno, *Defensa de Bach contra sus entusiastas*, para expresar de la mejor manera posible aquello que el trabajo del profesor Mestre significa para mí. Y lo he hecho así por tres razones fundamentalmente. Primero porque la paradoja es el antídoto antidogmático por excelencia. Nadie mejor que Johann Sebastian Bach personifica –en el ámbito específico de la estética musical del siglo XVIII– la confluencia entre la madurez polifónica de la herencia medieval, la renovación retórico-formal del Barroco y un lenguaje estético cosmopolita. Algo semejante podría decirse de Gregorio Mayans. El solitario de Oliva fue –como lo fueron otros muchos artistas e intelectuales a los que se ha pretendido privar de su derecho a la modernidad– un rompeolas de corrientes e influencias diversas: humanismo, criticismo e ilustración. De alguna forma, ambos representan la realidad tangible de una Ilustración incipiente, es decir, apertura hacia nuevos horizontes sin olvido del pasado ni menosprecio del presente. Por cierto, ¿acaso sería Bach uno de los lectores de las *nova literaria ex Hispania* de Mayans, publicadas por Johann Burckhard Mencke en *Acta Eruditorum* (IX-1731)? Porque no es improbable que un hombre intelectualmente inquieto –como sabemos que fue Johann Sebastian– se interesara por aquellas notas mayansianas sobre la cultura española publicadas en Leipzig –el “pequeño París”– ciudad en la que el *Thomaskantor* residía desde 1723. Bach y Mayans –y tantos otros– fueron seres de carne y hueso: reales, contradictorios, inquilinos y propietarios –a un tiempo– de la época que les correspondió vivir. Y, aun así, ambos continúan interesando al oyente y al lector contemporáneo. De alguna manera, pues, los dos continúan vivos: se escucha su música, sus textos se leen, se estudian sus obras. Si se los compara con aquellos otros indiscutibles *moderni* de antaño –un Johann Adolf Scheibe o un Martín Martínez, pongo por caso– la noción historiográficamente lata de modernidad, por la fuerza de la prueba, debería seguramente avergonzarse de sí misma.

Adorno escribió su *Defensa* en un momento en que ninguna orquesta, coro o solista podía plantearse interpretar un concierto, cantata o partita de Bach de manera neutral, es decir, sin tener que situarse forzosamente en la órbita de la “interpretación auténtica” o en la de la “interpretación pos-romántica”. En aquellos años 50, 60 y 70, tampoco el auditorio era neutral: o estaba con Klemperer y Karajan, o con Richter y Rilling, o con Harnoncourt y Leonhardt. Antonio Mestre tuvo la grandísima fortuna de dar con los manuscritos y con la obra entera de Gregorio Mayans cuando el problema de la Ilustración española no era –como lo es hoy– *ser o no ser*, sino más bien *cuándo, cómo, dónde, por qué, para qué y hasta dónde*. A él le cupo el enorme mérito de rescatar e interpretar solventemente –es decir, sin escamotearnos lo paradójico y aun lo contradictorio– la singular aportación de Mayans a las letras españolas y europeas. El papel de Antonio Mestre, de alguna manera, podría compararse al que Félix Mendelssohn desempeñó a través de la recuperación, después de casi un siglo de silencio, de la *Pasión según S. Mateo* de Bach. Hoy las circunstancias son muy distintas. La Ilustración española ya

no sólo tiene historiadores. Por sorprendente que pueda parecer, la Ilustración española tiene también sus *entusiastas*. Y el *entusiasta* –como afirmó hace ya trescientos años el tercer Conde de Shaftesbury– no es ni un espectador, ni un actor: es un híbrido de mártir y de fiscal cuyo dedo acusador apuntará siempre hacia todo aquel que no comparta sus emociones. Después de todo, es posible que semejante *entusiasmo ilustrado* –aquello que algunos han llamado la *mentalidad ilustrada*– no sea otra cosa que una reacción contra la *antimodernidad*, es decir, frente a la *resistencia anti-ilustrada*. No estoy completamente seguro. Sí lo estoy, sin embargo, del progresivo desvanecimiento de la atmósfera de sosiego intelectual y objetividad científica de otros tiempos. También lo estoy de la inevitable sordina que poco a poco irá acallando la voz de quienes no estén dispuestos a sostener una posición militante, de quienes renieguen de los estereotipos ideológicos que artificiosa e interesadamente se han endosado en el haber de la razón ilustrada, o de quienes se nieguen a renunciar a la riqueza de discursos, voces y matices de un fenómeno tan complejo e irreductible como es la Ilustración. Este pequeño lamento o *déploration* constituye –a decir verdad– el segundo motivo de haberme apropiado del título de Th. Adorno.

La tercera y última de mis razones está estrechamente ligada a la posición intelectual de nuestro homenajeado. En ninguna de sus aproximaciones al complejo panorama hispano-europeo de la cultura del Setecientos ha propuesto jamás Mestre una unidad de medida de las Luces, un patrón único, un pedigrí ilustrado. Procediendo así, ha renunciado voluntariamente a situarse entre los corifeos entusiastas o entre los críticos antimodernos. La Ilustración europea constituye una realidad tan rica y plural. No existe una manera única, canónica u ortodoxa de abordarla. Como en la propia interpretación de Bach, caben estilos tan diversos como los de Ton Koopman y Bob van Asperen, por una parte, o los de Glenn Gould y Maria Joao Pires, por otra. En lo que respecta a sus estudios, Mestre –desde luego– toma partido. Pero su opción no es –repito– ni el entusiasmo ni la antimodernidad, sino la objetividad inductiva, el rigor y la responsabilidad intelectual. Sus reflexiones siempre han tenido como punto de partida y de constante referencia el documento, el texto, el discurso en toda su extensión y complejidad. Construido desde sus cimientos –y no proyectado de manera abstracta a partir de parámetros prefigurados– el panorama que de la Ilustración española ha dejado trazado Antonio Mestre constituye, sin lugar a dudas, una de las aportaciones más sobresalientes, alentadoras y objetivas de la historiografía española desde los años 60 hasta el presente.

Hace aproximadamente una década, tuve la oportunidad de esbozar para la revista *Arxiu de Textos Catalans Antics* una panorámica general de los estudios mayansianos dentro de la cual, por descontado, la obra de Antonio Mestre constituía la porción principal. He de confesar que el trabajo desarrollado por el profesor Mestre durante estos últimos años ha sido tan extraordinario que aquel balance mío ha quedado prácticamente obsoleto. Por citar sólo los libros publicados por el Dr. Mestre desde entonces hasta hoy, mencionaré sus dos extensas biografías de

Mayans y Siscar [*D. Gregorio Mayans y Siscar, entre la erudición y la política* (2000)] y de Martí Zaragoza [*Manuel Martí, el deán de Alicante* (2003)], sus tres nuevas aportaciones al epistolario mayansiano [*Mayans y los altos cuadros de la administración y la magistratura borbónicas. Epistolarios XV y XVI* (1997 y 1998) y *Mayans y los austracistas. Epistolario XXI* (2006)], dos documentados estudios sobre Pérez Bayer, en colaboración con Jorge Catalá y conmigo mismo [*Francisco Pérez Bayer. Viajes literarios* (1998) y *Diario histórico de la reforma de los Seis Colegios Mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá* (2002)], la coordinación del *Congreso Internacional conmemorativo del IV centenario del nacimiento de Gregorio Mayans y Siscar* (Valencia-Oliva, 1999), dos grandes recopilaciones de estudios y ensayos [*Mayans, proyectos y frustraciones* (2003) y *Apología y crítica de España en el siglo XVIII* (2003)], una apretada síntesis de la Ilustración española [*La Ilustración española* (1998)], un apasionante estudio de la aportación mayansiana a la erudición europea [*Los ilustrados, el origen de la imprenta y el catálogo de los incunables españoles* (2007)] y dos singulares reflexiones sobre el pensamiento y la cultura política de los ilustrados españoles [*Humanistas, políticos e ilustrados* (2002) y *Mayans y Siscar y el pensamiento ilustrado español contra el Absolutismo* (2007)].

El ejemplo, el tesón, el sentido de la responsabilidad y la inteligencia del profesor Antonio Mestre Sanchis han sido y son un ejemplo para muchos de nosotros. Cuando el pasado mes de mayo del año 2007 el consejo de redacción de la revista *Saitabi* y el decanato de la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València decidían homenajear al Dr. Mestre, dedicándole uno de los números de la publicación, me sentí muy satisfecho, no sólo porque nuestra Facultat reconocía públicamente su trayectoria docente e investigadora, sino también porque la que ha sido su casa durante tantos años venía a sumarse al censo de merecidos reconocimientos que han jalonado un retiro y una jubilación imposibles: desde la distinción de la *Generalitat Valenciana* al mérito cultural (8-X-1999) hasta el Premio Lluís Guarner (19-V-2007), pasando por su nombramiento como académico correspondiente de la *Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona* (2004) y la medalla acreditativa de sus cuarenta años de servicio a la *Universitat*, que le fue entregada por nuestro rector, el Dr. Francisco Tomás Vert, el pasado día 25 de abril. Compañeros y discípulos de Antonio Mestre hemos unido nuestras capacidades y fuerzas para componer este volumen donde no faltan algunos de los temas que le han apasionado a lo largo de su carrera como historiador. Diferentes colegas que inicialmente tenían previsto participar en el homenaje de la revista *Saitabi* no han podido finalmente hacerlo por diversos motivos. A todos ellos quisiera agradecerles también su dedicación y esfuerzo. Y, por último, a nuestro homenajeador no me resta sino desearle felicidad, larga vida y nuevos frutos de su admirable fecundidad intelectual.